

La diferencia en las maneras: recuerdo y memoria como operación de deslinde

Adriana A. Bocchino¹

A partir de la publicación de *En estado de memoria* de Tununa Mercado, en 1990, parece posible trazar una línea de recuperación de la memoria en Argentina, sobre aquello que llamamos la historia reciente, diferenciada en lo que a estéticas se refiere, por una voz, una mirada, una forma de decir, marcada por el género. Aquel texto de Mercado sentaría los protocolos de un modo -prefiero decir una “manera”-, que puedo rastrear en María Negroni, especialmente en *La Anunciación* (2006), Laura Alcoba, en *La casa de los conejos* (2008) o la reciente *Los pasajeros del Anna C* (2012), así como en la última novela publicada por la misma Mercado, *Yo nunca te prometí la eternidad* (2005). Desde el cine, las películas de Lucrecia Martel (*La ciénaga*, 2001) o Albertina Carri (*Los Rubios*, 2003) o la inevitable Lita Stantic (*Un muro de silencio*, 1993), deberían sumarse entre otras manifestaciones posibles. En todos los casos, el punto es que veríamos desarrollarse en sus producciones una idea que hace un tiempo planteé para observar el trabajo de la literatura frente a la historia con respecto a los hechos.

Me refiero a una diferencia, en principio etimológica si se quiere, entre *recuerdo* y *memoria*. Pero esta diferencia, lo que vengo a llamar una “manera”, contendría derivaciones decisivas en lo que hace a las formas y los géneros –textuales pero también, arriesgo, sexuales. Si alguna vez hubiere planteado esta diferencia en cuanto a las formas en que se hace historia o literatura, ahora, esta idea particularizada, me ha permitido deslindar en el campo artístico un modo especialmente desarrollado por las mujeres antes que por los hombres. De suerte que no significa que ellos no lo hagan así nunca sino que, hasta ahora, los casos que he observado, entre otros que deberán seguir observándose, han revelado esta posibilidad de intensificación del recuerdo por sobre la memoria entre las mujeres que escriben. ¿Un modo mujer de escribir? La presente intervención tan solo se plantea como hipótesis y muestra indicios para evaluar una potencialidad interpretativa en cuanto a la reconstrucción de lo que Raymond Williams llamara “una estructura de sentir” (2003[1961]).

Recupero entonces un sentido biológico del término “memoria” para recuperar los usos que me interesan. Así, se entiende como facultad de conocimiento por la que reproducimos sensaciones, percepciones o contenidos ideales pasados, en tanto que pasados, es decir, con referencia a un tiempo o experiencia pretérita, de suerte que la memoria resulta una facultad sensitiva común al hombre y a los animales. Aunque, cabe ser

¹ Dra. En Letras (UBA), realizó sus estudios de grado en la UNMDP. Actualmente es allí docente, en la Facultad de Humanidades, Dpto. de Letras y miembro del CELEHIS. Se especializa en Teoría y Crítica Literaria y Cultural. Ha publicado, entre otros, *Caso Rayuela. Las tramas de un ardid*, *Rodolfo Walsh. Del policial al testimonio* y *Escrituras y Exilios en América Latina*. bocchino@mdp.edu.ar

aclarado, en el hombre suele hablarse también de memoria intelectual bajo el mismo término, en la que la memoria sensitiva trabaja bajo el imperio de la voluntad. En lo que comúnmente denominamos procesos de memoria se trata no solo de reconocer cosas o situaciones pasadas, sino de recordar voluntaria o intencionadamente, darle un orden a, lo que recordamos, una interpretación, un sentido, dado que es una de las funciones cognitivas que nos permiten adquirir conocimientos operativos, prácticos, de vida podría decirse. Se trata de una función que, como el lenguaje, la atención, el razonamiento o la lógica, sirve para organizar nuestras relaciones con el mundo exterior, adquirir informaciones, almacenarlas y, posteriormente, reutilizarlas. Durante la etapa que media entre la adquisición de la información y su almacenamiento, se forman trazos mnésicos que pueden permanecer latentes de forma indefinida y ser evocados, o actualizados, para ser reutilizados en el momento adecuado. Pero, además, habrá de tenerse en cuenta que no solamente existe una memoria de los sentidos sino que, podría decirse, sin los sentidos sería imposible la memoria. El olfato, la vista, el gusto, el tacto y el oído son los intermediarios con el mundo exterior. Olores, sabores, sonidos, sensaciones o imágenes son información percibida que se inscribe en una zona particular del cerebro para ser almacenada en la memoria. Este proceso comienza en los primeros momentos de vida, incluso intrauterina, y perdura hasta el último día de nuestra existencia, acumulando multitud de informaciones que nos irán haciendo, poco a poco, como somos, con nuestras necesidades, placeres, deseos y aversiones.

Es decir, la memoria puede ser dañada, como cualquier otra función cognoscitiva, sea por un accidente físico o psicológico. Y no está de más pensar que podría suceder en términos individuales o colectivos. En este último caso podríamos hablar de un accidente histórico o el acontecimiento catastrófico al decir de Walter Benjamin (1989 [1940]).

El punto que me interesa remarcar es el sentido de relato organizado, o por lo menos de sistema, que parece implicado en la idea de memoria aun en términos fisiológicos. Y ello fue lo que me llevó a pensar una diferencia básica entre lo que los historiadores hacen a la hora de intentar la representación del pasado reciente y lo que, por otra parte, hacen diferentes manifestaciones artísticas frente a ese mismo pasado. Allí, también se me ocurrió pensar que la diferencia en las formas de organizar y exponer ese relato no podía responder tan solo a una decisión vocacional decidida, a veces incluso, con anterioridad a los hechos que se relatan. En el orden de las formas en las que se representa hay algo anclado en una decisión personal, seguramente, pero también, creo, algo que ocurre en términos inconscientes y, en algunos casos, relacionado con escribir el trauma (LaCapra: 2005 [2001]).

En las manifestaciones artísticas que tienen como núcleo duro el intento por representar, de alguna manera, aquel pasado traumático, las formas se caracterizan por la fragmentariedad, el dislocamiento, la incoherencia, la elipsis y otras figuras -¿retóricas?- que se alejan siempre de alguna sistematicidad convencional. Si hay relato en ellas, se trata, por lo común, de decir la imposibilidad del relato: la desmemoria, la dificultad en los modos de la representación o directamente su imposibilidad, el dato confuso, el no saber.

Es decir, el sentimiento de algo que resulta irreproducible en palabras o siquiera la convención de algún tipo de representación más o menos realista. En todo caso, tan solo, fogonazos enceguecedores de luz. La intermitencia. El alumbramiento de algún recuerdo.

En esta línea me pareció importante deslindar memoria y recuerdo, dado que, entonces, desde esta perspectiva y referidos a lo que llamamos la reconstrucción de la historia reciente, se verían enfrentados. La literatura, las películas, -tendría que hacer un paseo también sobre la plástica- muestran un entramado de recuerdos antes que una memoria de los hechos, en sentido genérico textual ahora. Y sobre todo, digo, aquellos objetos artísticos realizados por mujeres, por sobre los varones, quienes parecieran preferir los géneros de la *no fiction* o el testimonial o una vuelta al realismo con todas las salvedades del caso.

Según los especialistas aquellos que sobreviven a una catástrofe padecen intermitencias en la reconstrucción de la memoria que consigue rearmarse fragmentariamente, estructurándose sobre la imprecisión que lo inesperado impone: esta memoria recurre a los agujeros, lo borroso, la laguna, incluso la alucinación. Como resultado se obtienen sintaxis trastornadas puesto que se intentaría decir lo indecible. En este sentido, digo, el relato de la catástrofe parece poder organizarse más convencionalmente entre los varones que entre las mujeres. En ellas siempre existe el intento por reconstruir una versión que les permita explicarse lo padecido y, sintomáticamente, explicárselo a los que no murieron, como ellas, en medio de la catástrofe. Hay una especie de necesidad de justificación por la sobrevivencia.

Memoria y recuerdo se enfrentan, además, etimológicamente y, también aquí, creo, en términos sintomáticos: en tanto “memoria” se remonta al adjetivo “menor” (el que memora), que tiene el sustantivo “mens-mentis” por base, “recuerdo” se enraíza en “recordor-ari”, formado por el sufijo “re” que implica el “volver a” y el sustantivo “cordis” que dice algo más que volver a tener algo presente en la memoria –la mente- y apunta, literalmente, a un volver a pasar por el corazón. El carácter emocional de “recuerdo” está implícito en su etimología. Si bien cabe aclarar que para los antiguos romanos el corazón no era la sede de los sentimientos, como va ser popularizado por el romanticismo a lo largo del siglo XIX, sino el asentamiento físico de los pensamientos, este tipo de pensamientos estaban íntimamente relacionados con cuestiones “entrañables” antes que lógicas o intelectivas. Es decir, se trataba más bien de un verbo utilizado para referirse a emociones, pulsiones, sentimientos e, incluso, pensamientos en términos de discurrir reflexivo de una interioridad.

Y aquí es donde memoria y recuerdo se enfrentan: en tanto la memoria se construye a partir de los recuerdos, se trata, desde un punto de vista fisiológico, de una función cerebral relacionada con el ordenamiento de los diversos procesos mentales que confluyen a fin de ofrecer un cuadro, más o menos completo, del sucedido. La memoria arma, para decirlo de una manera más gráfica, el acontecimiento, intenta hacer una historia lineal, una cronología. En tanto los recuerdos, ligados a imágenes, momentos, perfumes, sensaciones,

sonidos, dolor o placer, dan cuenta, desordenadamente, de experiencias y se resuelven, siempre, en el ámbito de lo fragmentario en términos retóricos.

Por lo tanto, lo que se denomina aun en las manifestaciones artísticas memoria de los sobrevivientes estaría más cerca, a la hora de la representación que pueden construir, de una serie de instantáneas mal montadas que de una narración lineal y unívoca. La memoria haría más bien historia, en tanto el recuerdo, arte o, lo que me interesa, literatura.

El caso de las escrituras que se remiten al período que todavía llamamos “pasado reciente” abunda en ejemplos en este sentido y la diferenciación entre memoria y recuerdo podría servir para deslindar escrituras referidas a los hechos en términos genéricos textuales, quiero decir, ficción o no ficción por ejemplo. Pero también parece, sexuales, dado que las mujeres, víctimas ellas mismas en la mayoría de los casos, parecen no poder remitirse a la reconstrucción de los hechos si no es a través del montaje dislocado, lacunar, elíptico, justificatorio.

En tanto “memoria” ligada a “mens-tis” -y, allí, a las operaciones relacionadas con la razón-, “recuerdo”, que conlleva la raíz de “cor-cordis”, retrotrae su historia a la cultura griega y al juego de las pasiones que dieron lugar a la épica y a la tragedia². En ellos, recuerdo y memoria se hallan vinculados ambos al θυμός, ese extraño inubicable órgano capaz de albergar los recuerdos y despertar las pasiones cuando los primeros se vuelven memoria en un siempre presente. Las Musas estaban ligadas a la representación de esta memoria en cualquiera de sus formas. Pero allí, “recuerdo” también tiene una diferencia etimológica que recupera, a partir del los diferentes sentidos de θυμός y la familia de palabras en la que se inscribe, la noción de “ofrenda”, “víctima” y “furia” o “ira” entre otras posibilidades significativas.

De hecho existe un antiguo tratado atribuido a Aristóteles que se refiere específicamente a la distinción entre “memoria” y “recuerdo” (*De la memoria y el recuerdo*, tr. de F. de Samaranch, 1963) en el que se lee entre otras cosas:

[...] Hemos dicho antes que los que tienen buena memoria no son los mismos que los que recuerdan rápidamente. El recordar difiere de la memoria, no solamente en el aspecto del tiempo, sino también porque, mientras que muchos otros animales participan de la memoria, se puede decir que ninguno de los animales conocidos, excepto el hombre, puede recordar. Por esta razón el recordar es como una especie de silogismo o inferencia; pues, cuando un hombre recuerda, infiere o deduce que él antes ha visto, ha oído o ha experimentado algo de aquella clase, y el proceso de recordar es una especie de búsqueda. Este poder o capacidad sólo puede corresponder por naturaleza a animales que posean la facultad de la deliberación; ya que también la deliberación es una especie de inferencia. [...] (1963: 51)

² Para una ampliación, desde el punto de vista filológico, véase T. J. Calvente: 1993 y 1997.

De suerte que para el viejo filósofo materialista, tal como explicita su traductor en la introducción (1963: 14), la memoria es una afección o modificación de la facultad sensitiva común que, al ser capaz de discriminar el tiempo, puede distinguir entre las imágenes nuevas de la sensación o el pensamiento y las imágenes ya impresas en anteriores experiencias que persisten en nosotros. Más aún: es capaz de referir estas imágenes a la serie de experiencias que las produjeron. Esta capacidad dependería, al decir de Aristóteles, “de la profundidad con que se haya marcado en la facultad el surco de la impresión”.³

Es notable aquí su teoría del recuerdo por la claridad con que capta el principio general de la asociación de las ideas y, dentro de este proceso, la distinción entre la asociación natural y la asociación habitual que sirve a los fines estrictamente prácticos. Importa también la explicación que brinda de la doble naturaleza del proceso, considerado como algo suscitado por un acto mental deliberado en un sustrato corporal. De esta manera, la marcha del pensamiento, una vez iniciada, puede proseguir mecánicamente sin ningún esfuerzo ulterior consciente. Las relaciones de estas teorías con la teoría general del conocimiento intelectual, tienen como punto de encuentro el hecho de que el mismo acto sensible está poseído de inteligibilidad. Y esta inteligibilidad es afirmada precisamente por el hecho de que el acto por el que es movido nuestro sentido no desaparece de nosotros por la ausencia del objeto sino que persiste en nosotros, a la manera de un diseño interior de los objetos ausentes que se graban en nosotros. Este diseño del recuerdo es lo que Aristóteles llama la imagen o, lo dice Aristóteles y no todavía Freud, “fantasma”.

Esta pervivencia de las formas sensibles en nosotros es también el fundamento del recuerdo que permitiría el proceso fisiológico de la memoria. Por lo demás, la memoria es posesión de una imagen que, redoblada por la reflexión, lleva al conocimiento del pasado como tal, que sería en primera instancia recuerdo. Este es propiedad exclusiva del ser humano según Aristóteles. El hecho, pues, del recuerdo es algo que deriva e implica la inteligencia, ya que conlleva el reconocimiento de algo que es pretérito y, a la vez, de su relación con el tiempo. Relación ésta que, como dice Aristóteles en la segunda parte, puede ser exacta o indeterminada, pero que sin duda existe. Es decir, se trata del sentido, la búsqueda de un sentido, la construcción de un sentido si se quiere, que lleva a que el recuerdo se grave como tal.

Es esta línea, el conocimiento sensible, la imagen, forma una escala jerárquicamente sistematizada que sirve de lleno a la intelección. La imaginación sensitiva, tomada como posesión de la imagen sin más, es patrimonio del reino animal. En cambio, el recuerdo intelectual, que supone la memoria y la imagen sensitiva, pero que al mismo tiempo implica

³ Quizá sea éste el tratado más psicológico de Aristóteles en el sentido moderno de la palabra. Arguye aquí, lógicamente, a partir de una serie de hechos de experiencia y, por otra parte, parece hallarse menos ligado por las limitaciones de sus teorías físicas, en especial la de los cuatro elementos. El tratado consta de dos partes: la primera trata de la memoria y la segunda del recuerdo. Si se examinan brevemente estas dos cuestiones se ve claramente su relación intrínseca con el tratado que versa sobre los problemas del conocimiento. En un punto incurre en cierto esoterismo, en relación a sus teorías físicas, que no por ello deja de resultar sugerente: para Aristóteles, los jóvenes y/o “los cerebros muy húmedos no pueden recibir” aquella huella, “el surco de la impresión”, ni tampoco conservarla; como sucede, también, en los “cerebros escleróticos o endurecidos”.

la imaginación deliberativa, es sólo propio de los hombres dice Aristóteles. El concepto, como fin del proceso unificativo de la pluralidad sensorial que convendría a la memoria organizada parece un paso ulterior, pero un paso imposible sin el recuerdo intelectual que permite la labor abstracta de la sustracción de los rasgos comunes y esenciales que justifican la idea como una especie de alegoría conceptual.

Por lo que parece, y según una intuición que en los casos que vengo rastreando se ve confirmada entre las mujeres artistas: ¿un modo mujer? tendería a la representación del recuerdo antes que a la organización de una memoria. Lo fragmentario, la multiplicidad de voces, la controversia lingüística en todo caso, sería más realista si se quiere según la estructura difusa que todos le han reconocido a la representación del recuerdo por sobre la sistematicidad, en un punto artificial, que pretende mostrar la memoria. Sin embargo, al mismo tiempo, hay que decirlo, intentar la representación del recuerdo implica una operación intelectual compleja por la imposibilidad intrínseca –su remitencia a lo entrañable ligado a las emociones más duras- que pone en escena. Intentar la representación del recuerdo es intentar representar, de algún modo, la búsqueda de sentido. La búsqueda, recalco, no un sentido. En tanto las representaciones de la memoria pretenderían dictar una versión cerrada de los hechos. Por el contrario, la puesta en escena del recuerdo, los recuerdos, la búsqueda de sentido, en su estructura difusa, la incertidumbre, deja abierto el campo de nuevas y diversas interpretaciones cada vez.

Si hay algo para marcar, decididamente, en las manifestaciones artísticas sobre el pasado reciente llevadas adelante por las mujeres, a diferencia de los hombres, es el minucioso trabajo de re y deconstrucción que simultáneamente realizan en sus producciones sobre los patrones autoritarios, sean referidos a los tristemente célebres actores de la dictadura como, incluso, a los de las propias organizaciones políticas - familiares, celulares o militantes-, desde las que estas mujeres hablan.

El desarrollo de los monólogos interiores de los personajes que pueblan los textos a los que aludí en principio podría ser una muestra de lo que digo. Las mujeres de *En estado de memoria*, las de *Yo nunca te prometí la eternidad*, la de *La Anunciación*, el pequeño yo –una nena- de las de *La casa de los conejos* o la ni siquiera yo, todavía, de los *Pasajeros del Anna C*, tratan, insisten, pretenden armar una memoria pero, finalmente, recuerdan, ¿tan sólo recuerdan? Más bien, apuesto, disponen las cartas sobre la mesa porque se niegan a una interpretación final.

Obviamente, tratando de mantener cierta coherencia en lo que digo, tampoco yo puedo cerrar esto definitivamente sino, tan solo, dejarlo aquí sugerido para continuar el rastreo en las huellas de una explicación que, por el momento, tan solo atiende al anclaje transitorio de lo nómade femenino.

Bibliografía

- Aristóteles (1963 [367-347 a.C. aprox.]). *Del sentido y lo sensible. De la memoria y el recuerdo*. Tr. del griego de Francisco de Samaranch. Madrid: Aguilar.
- Benjamin, Walter (1989[1940]). “Tesis de Filosofía de la Historia”. *Discursos Interrumpidos I*. Madrid: Taurus.
- Deleuze, Gilles (2003 [1988]). *El pliegue. Leibniz y el Barroco*. Bs.As.: Paidós.
- Jiménez Calvente, Teresa (1993). “Una incursión en el campo semántico del recuerdo en latín: la dimensión eventiva (mihi in mentem uenit y su relación con mihi in mente(m) est.” *Revista española de lingüística*, N° 23, Fasc. 1. 141-158.
- (1997) “Sobre los significados de memoria en latín: breve estudio estructural”.
- Emilio Nieto Ballester, Rosario López Gregorio y ots. (coords.). *Estudios de lingüística latina. Actas del IX Coloquio Internacional de Lingüística Latina*. Universidad Autónoma de Madrid, 14-18 de abril. Vol. 2, 905-914.
- LaCapra, D. (2005 [2001]). *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Williams, Raymond. (2003 [1961]). *La larga revolución*. Buenos aires: Nueva Visión.